

Un nuevo centenario del primer Concilio de Nicea

Este año marca el 1700º aniversario del primero de los concilios ecuménicos. Posiblemente, cuando los obispos venidos de todas partes del Imperio Romano, e incluso de regiones más allá de sus fronteras, se reunieron en la ciudad de Nicea en el año 325, no eran plenamente conscientes de la trascendencia de su gesto. Apremiados por una cuestión urgente –la difusión del arrianismo y la confusión doctrinal que esta herejía provocaba–, los Padres de Nicea (318 según el legendario número) se dedicaron a debatir cómo preservar la fe cristológica y trinitaria, que en aquel momento se encontraba amenazada.

Sin embargo, el alcance de la reunión de Nicea superó la urgencia inmediata de su problemática y las complejas circunstancias históricas que motivaron su convocación. Este concilio se convirtió en un hito en la historia de la Iglesia. Y esto, no solo por la respuesta que ofreció al arrianismo, codificada en el Credo que, completado más tarde en el Concilio de Constantinopla, sigue siendo hasta hoy expresión litúrgica de la fe común en diversas tradiciones cristianas. Nicea, sobre todo, representa un paradigma eclesiológico, ecuménico y teológico que continúa iluminando a la Iglesia a lo largo de los siglos.

Nicea como paradigma eclesiológico

El Concilio de Nicea ofrece un modelo de Iglesia que se define no por la autorreferencialidad, sino por su misión fundamental: confesar la fe en Cristo, el Hijo de Dios vivo. Así como Pedro reconoció a Jesús en Cesarea de Filipo con la confesión que fundamenta la Iglesia (*Mt 16,16*), los obispos reunidos en Nicea se congregaron no para debatir sobre sí mismos, sino para proclamar con claridad la verdad de la divinidad del Señor. Este evento eclesiológico de primera importancia subraya que la identidad eclesial no se construye primariamente en torno a discusiones sobre su estructura o función, sino en torno a su fidelidad al mensaje evangélico. Nicea recuerda que la Iglesia es auténticamente ella misma cuando, como cuerpo visible y unido, se reúne para profesar su fe en Cristo y proclamarlo al mundo. Esta dimensión eclesiológica de Nicea sigue

siendo una llamada a volver a centrar nuestra mirada en la misión que da vida y sentido a la Iglesia.

Nicea como paradigma ecuménico

El Concilio de Nicea permanece como una referencia común para las Iglesias cristianas históricas, un punto de unidad en torno a la proclamación de la fe en Cristo. A lo largo de los siglos, el Credo niceno-constantinopolitano ha sido recitado en las liturgias de Iglesias de Oriente y Occidente, confesiones que, pese a sus diferencias, reconocen en este texto una expresión fiel de la verdad central de la fe cristiana.

Este año 2025, el 1700º aniversario de Nicea será conmemorado con celebraciones y encuentros ecuménicos en diversos lugares, recordándonos que la claridad doctrinal y la fidelidad a la verdad evangélica tienen el poder de unir a los creyentes. Nicea enseña que la unidad cristiana se construye en la comunión que nace de proclamar juntos la fe recibida de los apóstoles. Este legado sigue siendo una invitación a construir puentes entre las Iglesias y confesiones cristianas, manteniendo el núcleo de la fe como su fundamento común.

Nicea como paradigma teológico

En teología, el Concilio de Nicea es recordado especialmente por el término técnico que utilizó para describir la relación entre el Padre y el Hijo: *homoousios*, consustancial. Frente a la doctrina arriana, que empleaba los términos bíblicos tradicionales para sostener la desigualdad entre Padre e Hijo, los Padres de Nicea recurrieron a un término de connotaciones filosóficas como clave hermenéutica de las afirmaciones de las Escrituras. Lo hicieron convencidos de que esta expresión, aunque no fuera de origen bíblico, transmitía con precisión lo que la Iglesia comprendía al leer la Escritura en la continuidad de su tradición.

Esta elección teológica ha generado críticas en los siglos posteriores. Adolf von Harnack, por ejemplo, en el siglo XIX, acusó a la teología patristica y, en particular, al Concilio de Nicea, de promover una "helenización del cristianismo" que, según él, debía ser abandonada.

La crítica de la "helenización" del cristianismo ignora un hecho fundamental que el Concilio de Nicea ejemplifica: la capacidad de la Iglesia para generar un lenguaje teológico propio. Como ha señalado la Comisión Teológica Internacional, «la Iglesia se ha creado su propio lenguaje en un proceso por el que la fe se hace palabra

y ha expresado así con la palabra realidades que anteriormente no se percibían»¹.

Nicea no se limitó a adoptar términos filosóficos externos. Ni siquiera la idea de “inculturación” describe con exactitud su obra. Lo que hizo el Concilio de Nicea fue transformar y elevar el lenguaje filosófico en servicio de la verdad revelada. Este enfoque, lejos de diluir el mensaje cristiano en una cultura ajena, demuestra cómo la teología puede asumir críticamente los conceptos de su contexto cultural, purificándolos y dándoles un nuevo significado. En este sentido, el modelo teológico inaugurado en Nicea sigue siendo un desafío actual: una teología que considera su inserción en la cultura como una tarea crítica, que toma el lenguaje filosófico de su tiempo y lo reconfigura a partir de su fidelidad a la fe transmitida en la Iglesia.

El Concilio de Nicea, al cumplirse 1700 años, sigue siendo un paradigma eclesiológico, ecuménico y teológico fundamental para la Iglesia. Como modelo eclesiológico, nos recuerda que la Iglesia se define por su fe en Cristo y por su misión esencial de profesar y anunciar esa fe. En su dimensión ecuménica, Nicea permanece como un punto de referencia común, unificando a las Iglesias y confesiones cristianas en torno a la confesión de la divinidad del Hijo. Y, en el plano teológico, el Concilio mostró cómo la Iglesia puede tomar elementos de la cultura circundante para generar un lenguaje propio, que no diluye el mensaje cristiano, sino que lo expresa con mayor claridad y verdad. En este aniversario, podemos ver cómo el Concilio de Nicea sigue siendo un referente vivo para la Iglesia, una llamada a profesar la misma fe y a actuar con la misma confianza en el Evangelio.

Ecclesia*

* El presente editorial ha sido preparado por el P. Anthony Queirós, L.C., profesor de teología dogmática del Ateneo Pontificio *Regina Apostolorum*.

¹ COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *La interpretación de los dogmas* (1989), III,3, texto castellano de <https://www.vatican.va>.